Dup.

Estébanez (pseud.)
Tamayo y Baus

# MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA.

PROVERBIO

ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA DE MADRID,
Á 26 DE NOVIEMBRE DE 1866.

# MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA,

PROVERBIO EN UN ACTO,

IMITADO DEL FRANCES

POR

**DON JOAQUIN ESTÉBANEZ.** (pseud.)

---

**SEGUNDA EDICION.**

---

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

5

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| ELISA | DOÑA TEODORA LAMADRID. |
| JUANA | DOÑA MATILDE DIEZ. |
| ANTONIO | DON MANUEL CATALINA. |
| MIGUEL | DON JUAN CASAÑER. |

La comedia francesa de que es imitacion la presente, titúlase *La diplomatie du ménage*, y se estrenó en Paris, en el Teatro Frances, á 6 de Enero de 1852.

# ACTO ÚNICO.

Habitacion decorosamente amueblada. Á la izquierda, una chimenea y sobre ella un espejo; dos butacas al lado de la chimenea; un balcon: á la derecha, dos puertas; un piano; un velador con un quinqué encendido, un costurero, libros y otros objetos: puerta en el foro.

## ESCENA PRIMERA.

ELISA.

Está sentada cerca del velador, con un pañuelo blanco en la mano.

Las nueve y media. (Mirando el reloj.) Las nueve y media y no vuelve aún. Todo el dia ha estado inquieto, receloso; no bien acabamos de comer, se fué á la calle, diciéndome tan sólo un adios más frio que la nieve... Si hubiese empezado ya á perderme el cariño!... Tan pronto! Qué infundado recelo! Sin embargo, Miguel y Juana se casaron al mismo tiempo que nosotros, y á estas fechas no se mueren ciertamente de amor. Sí, pero Juana tiene un carácter insufrible, quiere esclavizar á Miguel, y yo, por el contrario, nunca he reñido con mi Antonio, jamas le he dado el menor disgusto. Desdicha es que vivan en esta misma calle: así rara vez trans-

curren veinticuatro horas seguidas sin que alguno de ellos venga á referirnos sus desventuras, y Antonio pudiera al fin contaminarse con el ejemplo de un matrimonio tan mal avenido. Soy injusta con él. Siempre me querrá... Siempre? No haberse acordado de que hoy es el segundo aniversario de nuestro enlace... Bá! Los hombres tienen tantas cosas en qué pensar! Bien podia yo haberle dicho: «eh, amiguito, que hoy hace años que nos casamos.» Pero ca! Más de cien veces habré intentado decírselo durante el dia, y nunca me lo consintieron la lengua ni los ojos: muda la una: demasiado habladores los otros con lágrimas intempestivas. Le hallaba serio, meditabundo: me trataba con tibieza y despego por la primera vez de su vida... Y es lo cierto que ha llegado la noche, y áun tengo aquí este pañuelo que habia bordado para dársele hoy. Válgame Dios: un dia que yo esperaba que fuese tan alegre!... No hay que apurarse: todo se arreglará. Sí: durante la cena que le tengo preparada... Llaman. Él será. Qué tontería! Al sentirle volver á casa, me late siempre el corazon. Que halle bien encendida la chimenea. (Echa leña en la chimenea y sopla con un fuelle.) Traerá frio. (Óyense voces confusas.) No, pues no es él.

## ESCENA II.

ELISA y JUANA.

JUANA. No sabe usted que para mí siempre está? (Dentro.)

ELISA. Es Juana. Á estas horas...

JUANA. Quítese usted de en medio, tonto. (Dentro.)

ELISA. Qué fastidio!

JUANA. Ay hija, qué criado el tuyo tan mal criado! (Entrando por la puerta del foro muy sofocada.) Milagro ha sido que no le dé un empellon.

ELISA. Como no me gusta recibir á nadie de noche estando sola...

JUANA. Bueno y santo que no hubiera dejado entrar á un hombre; pero á una mujer, á una amiga... Es muy bruto, hija, muy bruto! Sabes á lo que vengo?

ELISA. Ciertamente que no.

JUANA. Difícil es que te imagines... Pero á ver, criatura, dame una silla, que no puedo tenerme en pie. (*Con brusca energía.*) Ay! (*Suspirando con languidez, y dejándose caer en una silla que Elisa le acerca.*)

ELISA. Te sientes mala?

JUANA. Jesus, muy mala! (*Con afectado abatimiento.*) Ni sé yo cómo hay una sola mujer con vida! (*Con repentina cólera.*) Qué hombres! Qué hombres tan malditos! (*Haciéndose aire con un abanico de chimenea que toma de encima del velador.*)

ELISA. Pues ¿qué ocurre?

JUANA. Nada... Friolera... Uf! Qué calor hace esta noche! (*Se levanta abanicándose muy de prisa, y anda aceleradamente por el escenario.*)

ELISA. Calor? En el mes de febrero?

JUANA. El que tiene ira, está siempre en agosto.—Oye. (*Parándose de pronto.*) Desde la infancia nos conocemos, á un tiempo fuimos novias de hombres á quienes por su íntimo trato llamaban los inseparables, nos casamos con ellos el mismo dia; y estas circunstancias, en mi opinion, deben inducirnos á proceder de acuerdo en nuestra conducta de mujeres casadas, y á prestarnos mutuamente ayuda contra los enemigos.

ELISA. Los enemigos?...

JUANA. Nuestros maridos: lo mismo da.

ELISA. Ah!

JUANA. Oh! (*Remedándola.*) Pues has de saber por la mayor ventura del mundo que Miguel es un grandísimo bribon...

ELISA. Aprensiones tuyas.

JUANA. Y Antonio otro que tal.

ELISA. Ni de chanza me gusta oir...

JUANA. Sí, que yo soy chancera! Porque se pasa la mayor parte del dia haciéndote mimos y carantoñas te parece un ben-

dito. Del agua mansa nos libre Dios, dice el refran. Esos hipócritas y cazurros tienen el demonio en el cuerpo.

ELISA. (Hasta cuándo pensará estarse aquí?) Con tanto hablar, áun no me has dicho la causa de tu venida.

JUANA. Á eso voy; pero dame ántes una silla, si no quieres que me caiga redonda. (Elisa acerca una silla á Juana, que ahora estará en lugar diferente del que ocupaba al principio de la escena.) Gracias. (Sentándose.) Entiendes de pulso?

ELISA. No. (Con seqnedad.)

JUANA. Debo tener un poco de destemplanza. Como soy tan nerviosa, cualquier disgusto me pone fuera de mí.

ELISA. Acabarás de explicarme que ha sucedido?

JUANA. Verás. Ya con el sombrero en la mano para irse á la calle, hará poco más de una hora, me dijo Miguel que el Ministro de la Gobernacion le tenía citado para esta noche á las doce, y que á las diez y media volveria á casa á vestirse, advirtiéndome que los ministros suelen citar á las doce y recibir á las tres ó las cuatro de la madrugada. Mira qué gracia de ministros! Se le ha puesto ahora entre ceja y ceja ser diputado. Para qué queria yo más dia de fiesta! (Levantándose.) Bastantes discusiones tenemos en casa. Lo de la cita del ministro no me dió, sin embargo, muy buena espina. Sigo la máxima de que las mujeres no deben creer nada de cuanto digan sus maridos. Pues no bien se marchó, entré en su cuarto, abrí un cajon de su mesa... El muy tonto los deja siempre cerrados; pero como contra siete vicios hay siete virtudes, yo contra siete llaves que cierran, tengo siete que abren.

ELISA. Muy mal camino sigues, Juana.

JUANA. Así descubriré algo de lo que me quiera ocultar.

ELISA. Y ¿por qué ha de querer ocultarte nada?

JUANA. Porque no hay marido en el mundo que no tenga algo que ocultar á su mujer. Cosa más sabida!... Qué gusto el mio si le pillara alguna cartita de amor!

ELISA. Sin duda que pasarias un rato muy divertido. (Con ironía.)

JUANA. Y ¡qué buen sofocon le habia de dar!

ELISA. Y ¿qué lograrias con eso, vamos á ver?

JUANA. Dársele.

ELISA. Y luego, Juana, y luego?

JUANA. Luego le daria otro

ELISA. Considera que la prudencia es virtud que una buena esposa debe ejercer á toda hora con afan incansable: considera que el vínculo del matrimonio liga indisolublemente al marido y la mujer como si los convirtiese en una sola persona.

JUANA. Ay hija, si algunas veces nos oyeras reñir, creerias que mi marido y yo somos un batallon. Pero como iba diciendo, abrí un cajon de su mesa y encontré esta cartita. (*Enseñándole una carta.*) Conoces la letra?

ELISA. De Antonio.

JUANA. Del mismo que viste y calza. Léela.

ELISA. Esa carta no es para mí.

JUANA. Cuánto repulgo de empanada! «Querido Miguel: (*Leyendo.*) Anoche con tus bromas me hiciste pasar en el café muy mal rato. Si me negué á ir hoy al baile de máscaras del Teatro Real, no fué por temor de enojar á Elisa, sino porque á mí esas diversiones me gustan muy poco. Despues, sin embargo, he cambiado de idea: pásate por aquí á las once y juntos iremos en busca de Mendoza y Valdés. Tuyo, Antonio.» Eh, qué te parece?

ELISA. Sea todo por Dios! Lo siento!

JUANA. Sea todo por Dios! Lo siento! (*Remedándola.*) Tu flema es singular! Truena como yo, y hagamos siquiera uso del derecho de pataleo.

ELISA. Y ¿por qué he de enojarme? Lo siento, porque preferiria que se estuviese aquí conmigo, y porque esta noche precisamente se me habia ocurrido prepararle una cena, sin que él lo supiese; pero si quiere irse á las máscaras, váyase enhorabuena, y cumpla su gusto, que en eso cifro yo mi ventura.

JUANA. No es posible oirte sin que se le encienda á una la sangre. Á fe que si no llevaras ya dos años de casa-

miento, cualquiera diria que estás enamorada de tu marido.

ELISA. Y cualquiera que lo dijese diria la verdad. No es ciertamente mi cariño amor de melodrama, rabioso y alborotador, capaz de buscar remedio á sus desdichas en un puñal ó en una caja de fósforos de Cascante, pero léjos de entibiarse con el trato íntimo y diario de marido y mujer, halla en él su más firme apoyo, su incentivo más eficaz; y si no tengo venda en los ojos que me impida ver los defectos del ser amado, tengo en cambio paciencia y resignacion para sufrirlos sin disgusto: antes bien con satisfaccion y alegría. Amor es el mio, como ves, muy plebeyo y prosáico, amor á la pata la llana, que sentirá con igual fuerza mi corazon cuando la vejez arrugue mi piel y llene de canas mi cabeza. Te ries? Crees que una vieja enamorada sería cosa inverosímil y extravagante? Los afectos desordenados, únicamente en la juventud merecen disculpa: un sentimiento puro y honrado, á todas las edades les está bien. Amor reprobado por la conciencia, dura poco: amor bendecido de Dios, puede durar eternamente.

JUANA. Música celestial, y nada más que música celestial.

ELISA. No seas hipócrita de vicios. Acaso tú ¿no amas tambien á tu marido?

JUANA. Yo amar á mi marido? Qué gracia! (Con viva indignacion.) Pues no estaria malo! Estas palomitas sin hiel son las que echan á perder á los hombres. Si todas tuviesen mi fibra y mi modo de pensar, pobres de ellos! Nos temerian como á una espada desnuda.

ELISA. El miedo hace esclavos; la esclavitud hace rebeldes.

JUANA. Que si quieres! Con el látigo y la espuela y el freno se doma á un caballo.

ELISA. Ya, pero como un marido no es un caballo...

JUANA. Por eso hay que tirarle más de la cuerda. Si Miguel no me tuviese tanto miedo, ¿quién le sujetaba á mi lado?

ELISA. Antonio se complace en estar conmigo, y los medios

de que para conseguirlo me valgo son muy diferentes.

JUANA. Á ver, á ver.

ELISA. Disponer las cosas de manera que en ninguna parte se halle tan á gusto como en su casa, quererle más cada dia, y respetar en todo su voluntad.

JUANA. Aunque se le antoje ir á las máscaras?

ELISA. Haga el cielo que nunca se le antoje cosa peor.

JUANA. Mira que si á un marido se le deja pasar la primera luego no hay forma de atarle corto.

ELISA. Como yo no quiero atar al mio corto ni largo...

JUANA. Mira que un bailecito de máscaras puede traer mucha cola.

ELISA. Ni Antonio ni Miguel están ya en edad de hacer el oso.

JUANA. Forzosamente han de hacerle hasta que se mueran. Si el hombre no es más que un oso disfrazado.

ELISA. Á todos los tienes por iguales?

JUANA. Por iguales no. Unos son malos...

ELISA. Y otros buenos.

JUANA. Bueno? Ninguno.

ELISA. Pues el que no es malo, ¿qué es?

JUANA. El que no es malo, hija mia, es peor.

ELISA. Mírame.

JUANA. Ya te miro.

ELISA. Qué tal te parezco?

JUANA. Pasaderilla.

ELISA. Nada más?

JUANA. Ay, qué fátua!

ELISA. Sería hacerme poco favor suponer que Antonio puede enamorarse de otra tan fácilmente.

JUANA. Es que para un marido toda mujer lleva á la suya una gran ventaja.

ELISA. Cual?

JUANA. La de no ser suya.

ELISA. Cada loco con su tema. De almas nobles es confiar.

JUANA. Y desconfiar de gente avisada.

ELISA. De necios creo yo, porque con la desconfianza no se evita el engaño.

JUANA. Pues no hay más que hablar: es cosa averiguada que los santos van á los bailes de máscaras, y que van con el solo fin de darse golpes de pecho. Elisa, piénsalo bien ántes de responderme. Quieres ó no quieres formar conmigo alianza defensiva y ofensiva?

ELISA. No estoy en guerra con nadie, gracias á Dios.

JUANA. Quieres ó no quieres impedir que Antonio se vaya esta noche de picos pardos?

ELISA. Con qué derecho? Cómo?

JUANA. Con qué derecho? Con el que asiste á toda mujer de impedir que su marido se divierta solo. Cómo? Sacándole los ojos, si fuese preciso.

ELISA. Así piensas tú evitar que Miguel vaya al baile?

JUANA. Y tanto como lo evitaré!

ELISA. Allá lo veremos.

JUANA. Evitarás tú que Antonio vaya diciendo á todo amen?

ELISA. Quién sabe? Han llamado?

JUANA. Me parece que sí. Será él?

ELISA. Sin duda.

JUANA. Me alegro: sentía irme sin decirte una palabrita al oído.

ELISA. Y ¿á qué fin?...

JUANA. Temes que me le coma?

ELISA. (Verle ahora con esta mujer delante, que lo echará todo á perder!...) Pues ahí te quedas. Voy á dar una vuelta por la cocina, no sea que haga la Petra con mis guisos algun desaguisado.

JUANA. Qué importa si él no lo ha de probar?

ELISA. Toma, y yo?

JUANA. Qué, tú cenarás?

ELISA. Claro está que sí. Y me tocará racion doble.

JUANA. Ay, qué alma de cántaro!

ELISA. Qué quieres? Así me hizo Dios.

JUANA. Te daria azotes como á un niño chiquito.

ELISA. No te vendrian á tí mal unos cuantos. (Váse por la segunda puerta de la derecha.)

## ESCENA III.

JUANA y en seguida ANTONIO.

JUANA. Esta mujer tiene en las venas horchata de chufas. Qué bien empleado le estaria que su señor marido le diese un buen chasco! Y se lo dará: por fuerza se lo dará. Y cuanto me alegraré de que lleve su merecido!

ANT. No es ella. (Desde la puerta del foro, mirando á Juana.) Ah, Juanita, es usted? (Conociéndola y acercándose.)

JUANA. Me parece que sí. (Desdeñosamente.)

ANT. Buenas noches. (Algo desconcertado.)

JUANA. Buenas las tenga usted. (Sin mirarle apénas.)

ANT. Sopla mal aire?

JUANA. Usted dirá.

ANT. Yo?

JUANA. Usted que viene de la calle.

ANT. (Tiene esta buena señora una habilidad para sacarme de mis casillas.)

JUANA. Ha de saber usted que Miguel no irá al baile esta noche. (Acercándose á él de pronto con resuelto ademan.)

ANT. Ah!... Usted?... (Turbado.)

JUANA. Usted?... (Remedándole.) Qué?

ANT. (Miguel me habia dicho que su mujer no sabria nada.)

JUANA. Se ha quedado usted mudo?

ANT. Señora... yo... Miguel...

JUANA. Mudo no, pero lo que es tartamudo... Esa gracia nada más le faltaba á usted.

ANT. Creia... me figuraba...

JUANA. Seguro: tartamudez, incurable.

ANT. (Esta señora! Ay qué señora de mis pecados!)

JUANA. Quiere usted hablar ó no? (Bruscamente.)

ANT. Pero ¿qué quiere usted que diga? (Con despecho.)

JUANA. Es verdad: nada me puede usted decir.

ANT. Ya que usted lo conoce... (Sentándose.) Con permiso de usted.

JUANA. Usted lo tiene. (Pausa.) Cree usted que le está bien á un hombre casado que ya no es un niño?... (Acercándose á él otra vez como ántes.) Qué niño! Cuántos años tiene usted?

ANT. Qué se yo? (Con enfado.)

JUANA. Claro: son ya tantos que se pierde la cuenta. Usted es una de esas personas que no cambian nunca de fisonomía. Desde que yo era una muñeca, le conozco á usted con la misma cara.

ANT. Como que no tengo otra.

JUANA. Calle usted... Sí... Lo ménos... lo ménos... cuarenta muy corridos.

ANT. Señora! (Levantándose de pronto.) Ni corridos ni sin correr. Treinta y seis cumpliré la semana que viene.

JUANA. Treinta y seis! Ya baja!

ANT. Ni baja ni sube. Treinta y seis.

JUANA. Y aunque no sean más que cuarenta ó cuarenta y dos ¿cree usted que le está bien á un hombre casado que casi casi peina canas?...

ANT. Yo canas?

JUANA. Vamos al decir.

ANT. Y ¿á qué decir lo que no es verdad?

JUANA. La verdad es que usted haria muy mal en asistir á un baile de máscaras, diversion propia únicamente de muchachos insustanciales y de gentecilla de poco más ó ménos.

ANT. Pero á usted, ¿qué le importa?...

JUANA. Me importa mucho: si usted va, tambien querrá ir el otro zángano.

ANT. El otro zángano hará lo que estime más oportuno: este zángano ya sabe lo que ha de hacer.

JUANA. Lo que es hoy, se quedará usted con las ganas de satisfacer el antojo.

ANT. Basta que usted lo quiera. (Irónicamente.)

JUANA. Y si tambien lo quiere Elisa?

ANT. Pues qué, Elisa?...

JUANA. (Ya se turba.)

ANT. Le ha dicho usted?...

JUANA. Sí, señor: se lo he dicho.

ANT. (Mejor. Yo no sabia cómo empezar.) Y qué, se ha enojado un poquillo? (Con pena y timidez.)

JUANA. Oh! (Con mucho énfasis.)

ANT. Se ha enojado, eh?

JUANA. Se ha puesto furiosa.

ANT. Furiosa!

JUANA. (Así le meto miedo, y cede de fijo.)

ANT. Furiosa! Una mujer que parecia incapaz de enfadarse! Ya se ve: como esta es la primera vez que trato de hacer una cosa contra su gusto.

JUANA. Ha llorado, ha rabiado, ha pataleado!

ANT. Digo! Ha pataleado! (Y esta lo contará, y luego me llamarán Juan Lanas en el café.)

JUANA. Y lo que ella ha echado por su boca! Hombre sin seso, mal marido, monstruo!...

ANT. No quiero saber más: calle usted.

JUANA. Y está decidida á no dejarle á usted salir esta noche.

ANT. Sí, eh?

JUANA. Sí, señor. Con que haga usted bien á bien lo que al fin y al cabo ha de hacer por fuerza.

ANT. Por fuerza, sí señora. (Paseándose por la escena muy agitado.)

JUANA. Y no será malo que escriba usted á Miguel dos renglones, que yo me encargaré de darle, exhortándole á seguir el ejemplo. (Siguiéndole.)

ANT. Sí, señora, sí, en eso estoy.

JUANA. Feliz idea, no es verdad?

ANT. Muy feliz.

JUANA. Pues, ea, venga esa cartita. Cuanto ántes, mejor.

ANT. Como no vea usted más carta que la que yo le dé...

JUANA. No quiere usted dármela?

ANT. Justo y cabal.

JUANA. Pero ya que usted no ha de ir?...

ANT. Que yo no voy? (Deteniéndose.)

JUANA. Claro! (Deteniéndose.)

ANT. Turbio!

JUANA. Irá usted?

ANT. Y tres más!

JUANA. Ó tres ménos. Y Elisa?

ANT. Bonito es el niño para dejarse sopapear de nadie!

JUANA. No, lo que es bonito... (*Antonio hace un gesto de desagrado.*) Pero como ella se mantendrá en sus trece...

ANT. Pero como yo me mantendré en mis catorce... (*En el mismo tono que Juana*)

JUANA. Y habrá la de San Quintin!

ANT. Aunque haya la de Roncesvalles!

JUANA. Pues Miguel no le acompañará á usted. Lo que es eso!...

ANT. Ya! Porque Miguel se deja gobernar como un chiquillo...

JUANA. Porque atiende á razones.

ANT. Porque tiene miedo de su mujer... Porque es un cobarde... un Juan Lanas.

JUANA. Cuidadito con que se nos vaya la lengua...

ANT. Los hombres han de hacer siempre su santísima voluntad.

JUANA. Por supuesto!

ANT. Y las mujeres, chitito, y bajar la cabeza, y sufrir por Dios!

JUANA. Oiga el mosquita muerta, y cómo saca los pies del plato!

ANT. Mosca, una que yo me sé. Pero qué mosca tan pesada!

JUANA. Lo que es á mí no me la ha pegado usted, amiguito.

ANT. Lo celebro, amiguita.

JUANA. Bien convencida estaba yo de que tiene usted metida en un puño á la pobre Elisa.

ANT. Otros suponen que ella me mete á mí en cintura.

JUANA. Como que es usted un hipocriton! Hipocriton!

ANT. Juanita!

JUANA. Quite usted de ahí, que deberia caérsele la cara de vergüenza!

ANT. Señora!

JUANA. Si no hay uno que no merezca estar en presidio!

ANT. Gracias.

JUANA. Abandonar el tálamo conyugal!...

ANT. Dale!

JUANA. Pasar toda una noche fuera del hogar doméstico!...

ANT. Ya escampa!

JUANA. Turbar la paz de la familia!...

ANT. Otra te pego?

JUANA. Y todo por qué? Por satisfacer un capricho ridículo y extravagante: por ir á un baile de máscaras! Y ¿á qué van los condenados á un baile de máscaras, sepamos, á qué van?

ANT. Ni el martirio de San Lorenzo!...

JUANA. Á emborracharse!

ANT. Advierta usted...

JUANA. Á retozar con mujercillas de medio pelo!

ANT. Mire usted que...

JUANA. Á tunantear, y nada más que á tunantear!

ANT. Yo...

JUANA. Es una calaverada!

ANT. Usted...

JUANA. Una picardía!

ANT. Pero...

JUANA. Una atrocidad!

ANT. Qué haria yo con ella?

JUANA. Una infamia!

ANT. Jesus!

JUANA. Una villanía que no se debe tolerar, que clama al cielo, que pide venganza... (Aquí Antonio, fuera de sí, empezará á decir lo que sigue á este razonamiento de Juana, de suerte que los dos hablarán al mismo tiempo; y ambos irán progresivamente esforzando más la voz y expresándose con mayor rapidez y vehemencia, como si cada uno de ellos quisiera á todo trance ser oído del otro.) Pero ¿qué importa? En cumpliendo ustedes su gusto, arda Troya, y salga el sol por Antequera! Y luego si una se deja llevar de la rabia y da algun tropezon, será cosa de alquilar ventanas para oirlos á ustedes. Pues no señor: llegó la hora de que se acaben los privilegios; hay que abolir la ley del embudo; donde las dan

las toman: y si ustedes se empeñan en hacer de las suyas, justo es que nosotras tambien hagamos de las nuestras, y ya se verá quién las hace peores.

ANT. Señora, que esto pasa ya de castaño oscuro! Calle usted por las once mil vírgenes, y no se meta en camisa de once varas, y lo que no ha de comer, déjelo cocer. Á usted no le han dado vela para este entierro, y es temeridad provocar á un hombre con obstinacion tan maldita, sin considerar que ya no hay santos en el mundo, y que la paciencia se acaba, y que yo puedo cansarme al fin, y perder el juicio, y echarlo todo á rodar!

JUANA. Me parece, me parece que se está usted desentonando.

ANT. Tengo muy mal oído.

JUANA. Será preciso decirle á usted las cuatro verdades del barquero.

ANT. Mire usted, Juanita: el barquero no dijo cuatro verdades sino cinco, y si usted me dice las cuatro, yo tendré que decirle á usted la última, que es la mejor.

JUANA. Recuerde usted que habla con una señora.

ANT. Procure usted no hacérmelo olvidar.

JUANA. Es usted un puerco espin.

ANT. Y usted una hiena.

JUANA. Si no mirara... (Adelantando un poco hácia Antonio y mirándole sañudamente.) Quede usted con Dios! (Cambiando repentinamente de tono. Váse muy de prisa por la puerta del foro.)

ANT. Vaya usted... con dos mil de á caballo. (Cuando Juana ya ha desaparecido.) Quién resiste á una mujer así? (Andando por la escena como procurando tranquilizarse.) Por más cachaza que uno tenga... (Juana sale por la puerta del foro con paso acelerado, coge una silla y la deja caer de golpe cerca de Antonio.)

JUANA. Siéntese usted.

ANT. Para qué?

JUANA. No espera usted á Miguelito? Pues espérele usted sentado. (Váse por el foro.)

ANT. Dios me valga. Hay que tomar una resolucion. Cuando

ella vuelva á echarme la vista encima!...

JUANA. Creo haberle manifestado á usted que Miguel no vendrá. Y no vendrá! (Asomándose á la puerta del foro. Vuelve á irse en seguida.)

ANT. Qué furia! Se ha propuesto acabar conmigo. Estoy rendido .. atolondrado...

JUANA. Sabe usted lo que digo? (Presentándose otra vez en la puerta del foro.)

ANT. Ave María Purísima!

JUANA. Sabe usted lo que digo? (Avanzando un poco y alzando mucho la voz.)

ANT. Qué dice usted? (Gritando tambien.)

JUANA. Que si fuera usted mi marido!...

ANT. Pues si usted fuera mi mujer!...

JUANA. Ay, ojalá, ojalá, ojalá! (Vuelve á irse precipitadamente.)

## ESCENA IV.

ANTONIO.

Habrá que llamar al inspector de vigilancia. . Tendré que avisar á la parroquia para que toquen á fuego... (Asómase á la puerta del foro.) Oh! Lo que es ahora parece que se va. (Mirando hácia fuera ) Sí... se va... se va... se fué! Ay, gracias á Dios! (Respirando con fuerza y volviendo al proscenio.) Razon tiene Miguel al asegurar que toda mujer es mala, y pésima la propia. Ahí está la mia. Ha sido una malva, una excepcion de la regla, miéntras no se le ha dado el menor motivo de disgusto. Cuando uno no quiere, dos no riñen. Pero ocúrreseme una vez ir á un baile de máscaras, y cátese usted á la señora llorando, pataleando, poniendo el grito en el cielo. Pues á fe que no ha de volverme á decir Miguel que aun no he salido de tutela, que soy un Juan Lanas... No, señor. Los hombres deben estar de sobra en todas partes, y hacer lo que hagan los demas, siquiera sean tonterías y atrocidades. Vida nueva. Á mí no me acomoda estar en ridículo. Si mi señora doña Elisa gruñe al

principio, ya se irá acostumbrando. Esta noche al baile. Pues no que no? Y yo, necio, que sentia una pena tan grande... De qué le sirve á uno ser bueno? Tendremos quimera. Mejor. Así como así nuestra existencia, de puro pacífica, empezaba á pecar de monótona y empalagosa. Lo que dice Miguel: cuando los casados no riñen, ¿qué harán en todo el dia y toda la noche? Y que tengo curiosidad de ver cómo se enfada mi mujer. Aunque como no estoy acostumbrado á reñir con ella, temo... Valor! Es preciso tener carácter. Mi decoro... mi dignidad de marido... Oh, sí; mi dignidad... Aquí viene. (Tose y se estira el chaleco.) Dios quiera que grite mucho, porque así yo... (Se sienta á la izquierda, dando la espalda á Elisa, que sale por la derecha.)

## ESCENA V.

ANTONIO y ELISA.

ELISA. Hola, caballerito. Bien ha tardado usted esta noche. (Con cariñosa jovialidad.)

ANT. (Ya empieza.) No... Sí... Algo... El café... (Sin cambiar de postura ni volver la cabeza hácia donde está Elisa.) Hay crísis: el ministerio ha presentado su dimision.

ELISA. Y lo peor es que viene usted tarde y con daño.

ANT. Con daño, eh? (Muy bien que se explica.)

ELISA. Juana me ha dicho que vas al baile del Teatro Real.

ANT. Cierto... sí... Voy con Miguel. (Ahora será ella.)

ELISA. Y sepamos: por qué me lo has tenido oculto? Es usted un grandísimo pícaro. (Acercándose á su marido y poniéndole afectuosamente las manos sobre los hombros.)

ANT. (No hay más; va á tirarme un pellizco. Miguel dice que su mujer se los tira muy buenos.)

ELISA. No me respondes? Estás enfadado conmigo? Á ver: vuelve esa cara. (Asiéndole la cabeza, y haciéndole que vuelva el rostro hácia ella.)

ANT. Eh! (Sobresaltado, como temiendo que su mujer le vaya á hacer algun daño. Ambos se quedan mirándose el uno al otro.)

ELISA. Já, já, já. (Riéndose y separándose un poco de Antonio, que permanece en la misma postura.) Qué cara de simple tienes esta noche!

ANT. (Está visto: su plan es burlarse de mí. Empezaré yo el ataque. No hay otro remedio.) Señora! (Con tono muy grave.)

ELISA. Caballero! (Con el mismo tono y sonriéndose.)

ANT. Nada de broma, señora, nada de broma.

ELISA. Pero ¿qué quiere decir esto? Estás en tu juicio?

ANT. No creo que sea delito tan grande ir á un baile de máscaras.

ELISA. Delito? Pues ya se ve que no lo es.

ANT. Pues no siéndolo, no veo motivo para que usted se ponga furiosa.

ELISA. Furiosa? Ay, Antonio, tú debes estar malo.

ANT. No vale disimular. Lo sé por Juanita.

ELISA. Ya caigo. Pobre Antonio! Juana te ha engañado como á un chino.

ANT. Como á un chino?

ELISA. Ó como á un tonto: lo que quieras. Ella es la que está furiosa, y queria que yo lo estuviese tambien: ella piensa armar esta noche un alboroto en su casa y queria que yo armase otro en la mia; pero ella es ella, y yo soy yo. Por qué he de llevar á mal que satisfagas un capricho tan inocente? Sentí al principio que me lo hubieses ocultado, pero luego comprendí que tu silencio no tenía más causa que el temor de darme una pesadumbre, y bien sabe Dios que este nuevo indicio de la bondad de tu carácter me ha conmovido profundamente. Yo enojarme contigo? Cá! no lo creas. Estoy firmemente convencida de que mi Antonio es incapaz de hacer nada malo. Tengo más confianza en este corazoncito que en el mio propio. (Tocando á Antonio en el pecho con la mano.)

ANT. Ya decia yo... Si no cabia en lo posible... Canario con la Juanita, y qué mentir tan descarado!... Tú sí que eres buena! Tú sí que eres un ángel!

ELISA. Grande hazaña á fe mia no oponerme á que vayas á un

baile de máscaras.

ANT. Conque no te opones, eh? (Con alegría.)

ELISA. Cuando tú haces una cosa, bien hecha estará.

ANT. Eso es hablar en razon. Sin embargo, cada cual tiene su génio; y... la verdad... aunque ahora te enfadases un poco...

ELISA. Pues nada, no me enfado ni poco ni mucho. (Aparentando gran serenidad.)

ANT. Que no? (Con enfado.)

ELISA. Al contrario: me alegro.

ANT. Que te alegras! Y ¿por qué te alegras, vamos á ver? (Con ira.)

ELISA. Pregunta excusada. No he de alegrarme de que vayas á divertirte?

ANT. Ya!

ELISA. Pues!

ANT. (Mire usted por dónde me sale ahora! Yo que esperaba que pusiese el grito en el cielo!)

ELISA. Y no sé que haces ahí papando moscas.

ANT. Pues ¿qué he de hacer?

ELISA. Vestirte. Á qué esperas? Todo lo tienes preparado. Anda, que es tarde.

ANT. Ya voy. (Sentándose junto á la chimenea y calentándose las manos.)

ELISA. Ya voy, y te sientas?

ANT. No corre tanta prisa.

ELISA. Te conozco á tí muy bien! Eres un perezoso, y por no vestirte ahora de piés á cabeza...

ANT. Con efecto, que la broma es algo pesada.

ELISA. Á á vestirse, y fuera pereza. (Empujándole para que se levante.)

ANT. Paciencia y barajar! (Levantándose de mala gana.)

Ay qué gusto y qué placer
y es cosa rica... (Canturreando el tango que lleva esta letra, y dirigiéndose muy despacio hácia la puerta de la derecha de primer término.)

ELISA. (Se va!) (Muy afligida.)

ANT. El bailar el minué ..
ELISA. (Siento una pena!...)
ANT. Con la Francisca. (Entrando por la puerta ántes indicada.)
ELISA. Y mira que si te volvieses atrás!.... (Con tono muy enérgico y amenazador.)
ANT. Qué? (Volviendo á la escena.)
ELISA. Que por la primera vez de mi vida te llevaria la contraria.
ANT. Oiga! (Tendré que no ir para dar prueba de carácter!) (Con aparente cólera, y dando á entender á pesar suyo que se alegraria de verse precisado á tomar esta resolucion.)
ELISA. Aun no me has visto á mí enfadada!
ANT. Y si se me antojara quedarme?
ELISA. No te quedarias?
ANT. No me habia de quedar!
ELISA. Y tú que te quedaras!
ANT. Á mí con esas? Pues me quedo. (Sentándose.)
ELISA. De véras? (Con íntima alegría, y dirigiéndose á su marido como para abrazarle. Óyese un campanillazo.)
ANT. Oh! (Levantándose de pronto muy sobresaltado.) Será Miguel! Y aun estoy sin vestir! Entretenle un poco. Malhaya amen mi suerte! (Váse precipitadamente por la primera puerta de la derecha.)
ELISA. Se me va! Murió mi esperanza! Y qué buen dia elige para darme esta pesadumbre. Válgame Dios! (Se sienta.)
ANT. No era Miguel? (Dentro.)
ELISA. Por lo visto.
ANT. Y quién seria?
ELISA. Pedro quizá.
ANT. Habia salido?
ELISA. Así parece. Traerá el pavo en *galantina*... el burdeos... Qué lástima de cena! (Pausa.) Antonio.
ANT. Qué?
ELISA. He porfiado contigo. Ha sido una falta; lo confieso y te pido perdon.
ANT. Pelillos á la mar.
ELISA. Haz cuenta de que nada te he dicho, y si no tienes gana

de baile...

ANT. Gana? maldita.

ELISA. Pues mira, lo que es por mí... (Levantándose y dirigiéndose muy de prisa hácia la puerta del cuarto en que está su marido.)

ANT. Pero la sociedad... los amigos!...

ELISA. (Amigos de mi alma!) (Deteniéndose.)

ANT. Y que luego salen con que no hago más que lo que tú quieres.

ELISA. Eso dicen?

ANT. Y me llaman... (Sin atreverse á decirlo.)

ELISA. Qué? (Con viveza.)

ANT. Me llaman Juan Lanas. (Asomando la cabeza por la puerta.) Aunque supiera que en el baile habia de dar un estallido!... (Retírase adentro.)

ELISA. Qué han de hacer los bribones sino reirse de los hombres de bien? Se conoce aquí más ley que tu voluntad?

ANT. Cierto que no.

ELISA. Sólo que mi Antonio en parte ninguna se halla tan á gusto como en su casa, donde no hay más afan que adivinarle los deseos y procurarle goces tranquilos y puros: no de esos que aturden en vez de alegrar, y luego recordados, causan tedio ó vergüenza.

ANT. Dices bien! Hablas como un libro! Huy!... Huy!... Huy!... (Como tiritando.)

ELISA. Qué te pasa?

ANT. Que tengo un tiriton!...

ELISA. Luego en bailando ya verás cómo sudas.

ANT. Sabes, hija, que te vas haciendo muy graciosa! Ay!... Ay!... (Quejándose.)

ELISA. Qué ocurre ahora?

ANT. Que con este pícaro calzado veo las estrellas!

ELISA. Malo es eso para bailar.

ANT. Si acabarás de comprender que no está la Magdalena para tafetanes. Que si quieres! (Como hablando consigo mismo muy irritado.) Sí... ya se va abrochando... Maldito sea!...

ELISA. Cómo se entiende? Maldices?

ANT. Maldigo este pícaro cuello que me está dando un rato!... Vamos... me ahorcaría! Ayúdame un poco, mujer. porque si no... (Saliendo precipitadamente en mangas de camisa con un cuello postizo sin abrochar por un lado.)

ELISA. Venga usted acá, don Fuguillas. (Procurando abrocharle el cuello.)

ANT. Oh!

ELISA. Qué?

ANT. Que me ahogas!

ELISA. Ya está.

ANT. Pero cómo me aprieta! Cómo me aprieta el condenado. (Estirándose el cuello con la mano violentamente.) Voto va! (Dando una patada en el suelo.) Ay! (Como si se hubiese lastimado un pie.) Quién fuese moro para llevar siempre babuchas! Ay! Ay! (Anda cojeando por la escena.)

ELISA. Te pondrás un chaleco negro?

ANT. Negro ó colorado: lo mismo me da. (Elisa entra por la puerta de la derecha y vuelve á poco con un chaleco negro.) Por vida de Miguel! Tome usted amiguitos! El primer hombre que se hizo amigo de otro, ¿en qué estaría pensando? Huy!... (Tiritando, y acercándose á la chimenea.)

ELISA. Aquí le tienes. (Dándole el chaleco. Le hace el nudo de la corbata.) Sientes frio todavía?

ANT. Un frio de mil demonios, si los demonios tienen frio.

ELISA. Debe hacer una noche malísima! Á ver. (Abre el balcon.) Jesus, qué aire!

ANT. Cierra ahí, mujer! (Arrimándose mucho á la chimenea.)

ELISA. Un aire glacial. (Sacando una mano fuera del balcon.) Y cae una lluvia tan menudita, tan menudita!

ANT. Qué placer!

ELISA. Ay, si es nieve, es nieve! (Con alegría.)

ANT. Nieve! Y eso te regocija?

ELISA. Como se ponen los tejados tan blancos...

ANT. Sí, muy bonito....

ELISA. Lo malo es que luego suelen darse unas caidas!... Pepito Gonzalez se rompió una pierna el año pasado. Mira tú cómo te vuelves á casa mañana.

ANT. Yo probablemente me romperé las dos... y los brazos tambien. Pero cierra por la Vírgen Santísima. No ves cómo estoy? (Elisa cierra el balcon.)

ELISA. Hermosa noche! Y al salir de los bailes de máscaras se cogen unas pulmonías!...

ANT. Ántes cogeré un tabardillo pintado.

ELISA. Quieres el frac?

ANT. Qué frac ni qué niño muerto? Un *chaquet*: el que más abrigue. (Elisa vuelve á entrar por la derecha y saca un chaquet que Antonio se pone, ayudándole ella.) Me daría de testerazos contra la pared de mejor gana que lo digo.

ELISA. Sí que es broma exponerse á tantos peligros por ir á un baile de máscaras. Diversion ménos divertida!... Tantas luces!... Tanta gente!... Aquella confusion!... Aquel ruido insufrible!...

ANT. Se me pondrá la cabeza como un tambor.

ELISA. Y á tí que te dan esas jaquecas!...

ANT. Mira, creo que ya... Con el rato que me ha hecho pasar la Juanita...

ELISA. Te sientes malo? (Con exagerado interés.)

ANT. Malo, no. Así... un dolorcillo... (Tocándose la frente.)

ELISA. Pues luego en medio de la tremolina!...

ANT. Sea lo que Dios quiera.

ELISA. Bueno... corriente... Y mañana, cama de seguro... y mucho quejarse... y agua sedativa por aquí... y sinapismos por allá...

ANT. Machaca, hija, machaca! Qué gana de mortificarle á uno!

ELISA. Yo, ¿por qué lo diré? Lo que más siento es que te acompañe el tal Miguelito. La echa de valiente, puede enredarse de palabras con alguno, y tú sin comerlo ni beberlo...

ANT. Como si lo viera... Será preciso andar á cachetes! Cuando digo que el tal bailecito me va á salir por la tapa de los sesos. Á que todavía no voy?

ELISA. Sin duda que pasarás una mala noche... una noche infernal... Pero ¿qué remedio? La sociedad... los amigos...

ANT. Y ¿qué necesidad tengo yo de servir á nadie de juguete?

ELISA. Ea, Antoñito: un poco de paciencia. Irás, verdad, irás? (Con zalamería, acariciándole.)

ANT. Iré, sí señora, iré! Y basta de sobo! (Rechazándola con enfado.)

ELISA. Eh, no hay que amontonarse. Qué bien te has vestido! Ven aquí, te arreglaré un poco para que luego Miguel no tenga que esperar.

ANT. Si se le tragase la tierra.

ELISA. Va á ser necesario darte en la lengua con guindilla. Te has abrochado mal el chaleco.

ANT. Déjalo.

ELISA. Quieto. (Le desabrocha el chaleco y vuelve á abrochárselo miéntras habla.) Y qué cena te pierdes!

ANT. Una cena?

ELISA. Como el otro dia te oí quejarte de que se hubiese perdido la costumbre de cenar, y hoy no has comido nada, se me ocurrió prepararte una cena para esta noche. Mira qué tino el mio.

ANT. Con efecto que la coincidencia es particular!

ELISA. Verás. Primero... una *mayonesa* de lenguado.

ANT. Caramba! Mi plato predilecto! La has hecho tú?

ELISA. Yo misma. Y te aseguro que está diciendo comedme.

ANT. Ya lo creo. Tienes unas manos para guisar!

ELISA. Luego un poquito de pavo trufado.

ANT. Oiga!

ELISA. Un *chantilly*.

ANT. Tómate esa!

ELISA. Una botellita de Burdeos?

ANT. *Chateau Laffitte?*

ELISA. Por supuesto.

ANT. Ni la cena de Baltasar! Y me he de quedar sin probarla!

ELISA. El lazo de la corbata, deshecho.

ANT. Qué importa?

ELISA. Quien te viera así, diria ¿qué mujer tiene ese hombre?

(Le hace el lazo de la corbata.) No, no cenarás por ahí como hubieras cenado conmigo.

ANT. Qué diferencia! Te aseguro que no hay hombre más desdichado que yo!

ELISA. En los bailes de máscaras se cena tan mal! Y como tú eres tan escrupuloso!...

ANT. Me haré una cruz en la barriga, seguro.

ELISA. Qué poca maña se da Pedro para limpiar la ropa. (Toma un cepillo del velador y cepilla la ropa de Antonio.) Ay hijo, parece que tienes azogue.

ANT. Pero si...

ELISA. Quiero yo que te vean curiosito las ninfas del baile. En vez de estar mortificado toda la noche con las botas, te hubieras puesto las pantuflas.

ANT. Pantuflas de mi vida!

ELISA. La bata.

ANT. La bata! No me la nombres! Y cuidado que el cuellecito me está fastidiando muy ricamente. (Estirándose otra vez violentamente el cuello de la camisa.)

ELISA. Aquí mismo, en este velador, al lado de la chimenea, hubiéramos cenado los dos solitos en paz y en gracia de Dios.

ANT. Agua se me hace la boca de sólo pensarlo. Y me he de ir! Y ¿por qué me he de ir? (Muy furioso.)

ELISA. No, si no te lo digo yo porque no te vayas. Y no sabes? Ya he aprendido la sinfonia del *Pardon de Ploërmel* que tanto te gusta, y pensaba haberla tocado despues de cenar, miéntras que tú, muellemente reclinado en esa butaca, mirando con descuido la llama que ya parece que va á morir, que ya chisporroteando se alza de nuevo, en parte roja y en parte azul, blanca ó amarilla, poblado el aire de los vagorosos fantasmas á que da ser el humo del cigarro, yacias sin memoria del mundo ni de tí mismo, bajo el yugo de dulcísimo bienestar y arrobamiento indefinible.

ANT. Calla, que pierdo la cabeza!

ELISA. Pero ¿qué se ha de hacer? Anda bendito de Dios. Los

guantes. (Tomándolos de encima del velador y dándoselos á su marido.)

ANT. El Miguelito y su alma! (Guardándose los guantes con brusco ademan en un bolsillo del chaquet.) Pero señor, si á mí esos jaleos me revientan!

ELISA. Vete, hijo; vete y que buen provecho te haga. El pañuelo. (Dándoselo.)

ANT. Que no se hundiera ahora mismo el Teatro Real. (Tomando con ira el pañuelo y estrujándolo entre las manos.)

ELISA. Eh! Mira lo que haces!

ANT. Ah! (Reparando en el pañuelo y cambiando de tono.) Este pañuelo es nuevo.

ELISA. Sí.

ANT. Qué admirable trabajo! (Observando el bordado.)

ELISA. Te gusta?

ANT. Y por qué me has bordado ahora este pañuelo?

ELISA. Porque... (Turbada.) Ay!

ANT. Qué?

ELISA. Que se me ha desabrochado esta pulsera, y se me iba á caer.

ANT. La que yo te regalé el año pasado. (Abrochándole la pulsera.)

ELISA. El dia del aniversario de nuestro casamiento.

ANT. Pues ya lo sé.

ELISA. (Qué torpe, Dios mio!) El doce de febrero.

ANT. No haya miedo que se me olvide á mí nunca esa fecha.

ELISA. Verdad que sí?

ANT Como que está grabada en mi corazon.

ELISA. Y que bien se conoce!

ANT. Qué!... Calla!... Esa cena... esa pulsera... este pañuelo... Dime: esta mañana has ido á misa?

ELISA. Sí.

ANT. Y hoy no es dia de misa?

ELISA. No.

ANT. Á cuántos estamos? Sí; á doce de febrero. Conque hoy?... Válgame Dios! Hoy es el segundo aniversario de nuestro enlace... Y yo lo habia olvidado... y nada

te doy, ni tan sólo un ramo de flores... Y queria irme!.. Y tú nada decias! Pégame, Elisa, pégame: lo merezco: soy un ingrato, un animal! Pero ¡qué animal! El hombre que se avergüenza de amar á su esposa y de ser feliz, debia andar en cuatro piés. Dicen que me dominas. Pues muy bien que dicen. Me dominas con las armas invencibles de la ternura y del amor! Dicen que soy tu esclavo. Mucho que sí! Esclavo aprisionado con cadenas de flores! Dichosa esclavitud!

ELISA. Antonio, Antonio mio, no me hables de ese modo, si no quieres hacerme llorar.

ANT. Llora! Por qué no? Están las mujeres tan bonitas llorando! Pues si á mí mismo me falta poco... (Haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.) Y eso que los hombres, segun dicen en el café... Qué diablos! Por qué no han de llorar tambien los hombres cuando les dé la gana? (Dejándose llevar de su emocion y llorando.) Espera. (Váse precipitadamente por la puerta de la derecha.)

ELISA. Adónde vas? Oye. Qué quieres?

ANT. Nada. Vuelvo en seguida. (Dentro.)

ELISA. Pero ¿qué intentas?

ANT. Ahora lo verás.

ELISA. Acaso?... No me atrevo á creerlo... Habla, Antonio, responde: ¿te quedas conmigo? (Con mucha alegría.)

ANT. Pues no que no? (Saliendo muy de prisa. Trae un pie calzado con bota y otro con chinela.) Lo sabrá todo el mundo: se lo diré á cuantos me quieran oir. Para mí no hay más diversion que estar al lado de mi mujer (Vuelve á irse apresuradamente por el mismo sitio quitándose el chaquet.)

ELISA. Pero ven acá: no te agites de ese modo. Yo te daré lo que quieras.

ANT. No. Pronto acabo. (Dentro.)

ELISA. Cómo podré pagarte nunca tanta bondad!... Sin embargo, si tienes el menor empeño en ir á ese baile...

ANT. Ca! No lo creas. (Saliendo otra vez en mangas de camisa. Trae los dos pies calzados con chinelas y deshecho el lazo de la corbata. Miéntras habla se desabrocha el cuello postizo.) Yo sólo

tengo empeño en no separarme de tí. (Quítase con brusco ademan el cuello postizo.) Gracias á Dios! (Movimiento de cabeza en una y otra direccion.) Y si por amar á su esposa está un hombre en ridículo, bueno: yo quiero ser el hombre más ridículo de la tierra! (Éntrase de nuevo corriendo por la derecha.)

ELISA. Vírgen Santísima, Vírgen de mi corazon, qué dicha tan grande! Cómo la merecí? Pero ¿por qué no he de ayudarte? Allá voy. (Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha.)

ANT. No vengas, no: si ya estoy listo. (Sale otra vez poniéndose la bata.) Y qué bien estoy así! (Restregándose las manos de gusto.) Con que cena magnífica?... Sinfonía del *Pardon de Ploërmel*!.. Y luego á dormir... El dia es para trabajar: por eso hay luz: la noche, para dormir: por eso no se ve. Y si los hombres, que todo lo enredan, no hubieran inventado esas luminarias... (Señalando al quinqué.) Venga un abrazo.

ELISA. Uno? (Se abrazan.)

ANT. Ó dos. (Vuelven á abrazarse.)

ELISA. Ó tres. (Se abrazen de nuevo.)

ANT. Ó mil. (Abraza á Ellsa repetidas veces.) Ahora sí que tengo yo ganas de bailar! (Baila con su mujer un vals, tarareando los dos.)

## ESCENA VI.

DICHOS y MIGUEL.

Miguel entra precipitadamente por la puerta del foro, con el cabello desordenado y el traje descompuesto, dando señales de cansancio y mirando hácia atrás como si álguien le persiguiese.

ANT.
ELISA. } Oh! (Deteniéndose al ver á Miguel.)

MIGUEL. Vienes ó no vienes?

ANT. Mira... yo... Me duele tanto la cabeza!...

MIGUEL. Y para curarte sin duda, te habias puesto á bailar. Gran remedio! No te disculpes, Antonio: haces muy

bien en no venir. (Mira á cada momento con terror hácia la puerta del foro.)

ANT. Sí? Tú crees?... (Con alegría.)

ELISA. Pero ¿qué tiene usted? Por qué mira de ese modo hácia la puerta?

MIGUEL. Olvida mis bromas y goza en paz de tu ventura. Ántes de casarme era yo mejor que tú, y si hubiese dado con una esposa como la tuya!... Pero mi mujer no es mujer: es una arpía, una furia, un demonio, peor que un demonio! Si hubiese un demonio como mi mujer ¿quién pararia en el infierno?

ANT. Habeis reñido?

MIGUEL. Friolera! Una especie de batalla campal. Oh! (Prestando atencion, como si oyese algun ruido, y mirando otra vez muy sobresaltado hácia la puerta del foro.) No, nada. Se me ha colgado de los faldones del gaban... de la corbata, que si tira algo más, me ahoga. Ay, ojalá!

ANT. Ya ves: su genio...

ELISA. Como le quiere á usted tanto...

MIGUEL. Señora! No diga usted eso por los clavos de Cristo! Se acabó: mañana me divorcio.

ELISA. Jesus!

MIGUEL. Ó me suicido.

ANT. Hombre!

MIGUEL. Ó la mato. La mataré probablemente. Me voy ántes que... (Óyese un campanillazo muy fuerte y prolongado.) Oh! Lo que yo me temia. Oyen ustedes? Ella es! Por dónde huir? Ah! (Como asaltado de una idea. Abre el balcon.)

ANT. Qué haces?

MIGUEL. Afortunadamente vives en cuarto bajo. Lo mismo me hubiera tirado desde un cuarto tercero. (Desaparece por el balcon.)

ELISA. Miguel! (Yendo hácia el balcon.)

ANT. Repara...

## ESCENA VII.

ANTONIO, ELISA y JUANA.

Juana entra corriendo por la puerta del foro con el abrigo torcido y casi cayéndosele por un lado.

JUANA. Aquí está. No lo nieguen ustedes. Oh! (Viendo abierto el balcon y asomándose á él.) Ha huido por el balcon. Allí va. Infame! (Haciendo ademan de ir á tirarse por el balcon.)

ELISA. Juana, por Dios! (Cerrando el balcon.)

JUANA. Buenas noches. (Echa á correr hácia el foro.)

ANT. Á dónde va usted? (Poniéndose delante.)

JUANA. Al baile.

ANT. Al baile?

ELISA. Al baile?

JUANA. Al baile, sí señor. (Dirigiéndose á Antonio.) Al baile, sí señora. (Dirigiéndose á Elisa.) Están ustedes enterados? Al baile. Quieren ustedes que se lo diga otra vez? Al baile! (Gritando con rabia.)

ANT. No irá usted. (Asiéndole una mano.)

ELISA. No lo consentiremos. (Asiéndole la otra mano.)

JUANA. Ea, ea, déjenme ustedes en paz! Que suelten, digo! (Desasiéndose bruscamente de Antonio y Elisa.) Pues si tengo unas ganas de morder!...

ANT. Caramba! (Separándose de Juana como asustado.)

ELISA. Quieres dar un escándalo?

JUANA. Justo, precisamente; eso quiero: escandalizar: que me oigan los sordos! Y usted se queda, eh? (Volviéndose de pronto hácia Antonio y reparando en su traje.) No me faltaba más! (Con despecho y reconcentrado furor.)

ELISA. Se queda, y yo no me he opuesto á que se vaya. Por qué no has de seguir mi ejemplo?

JUANA. Tu ejemplo? Infeliz! Ya verás lo que te sucede el dia ménos pensado! En dando suelta á los hombres!... Si yo hubiera sujetado más á Miguel, otro gallo me cantaría! Aun es tiempo: voy por él y desde mañana vida nueva.

Un mes de encierro á pan y agua! Le coseré á mis vestidos! No verá nunca el sol sin que yo le haga sombra.

ELISA. Ten juicio.

ANT. Reflexione usted...

JUANA. Para reflexionar está ahora la niña! No va él á divertirse? Pues yo quiero divertirme tambien. Nos divertiremos juntos. Bailaremos la polka, la galop infernal! Y tan infernal como será el bailecito que bailemos los dos! (Váse corriendo por el foro.)

## ESCENA ÚLTIMA.

ELISA y ANTONIO.

ANT. Por qué andará suelta esa mujer?

ELISA. Pobre Miguel y pobre Juana!

ANT. Compara la noche que pasarán ellos con la que pasaremos nosotros. Pide la cena. (Arrellanándose en una butaca cerca de la chimenea. Elisa tira del cordon de la campanilla.) Qué feliz es un hombre en su casa con bata y chinelas, arrellanado en una butaca cerca del fuego, y viendo sonreir á una esposa honrada, modesta y afable! Bendito sea Dios que me la dió!

ELISA. Señoras mias de toda mi consideracion y aprecio: (Recostándose en el respaldo de la butaca en que está sentado su marido, y dirigiéndose al público.) Guárdenme ustedes el secreto, y les diré que las mujeres para dominar á los hombres no deben emplear la fuerza, sino la maña.

FIN.

*Habiendo examinado este proverbio en un acto, titulado* Más vale maña que fuerza, *no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*

*Madrid 29 de Noviembre de* 1866.

El Censor interino,
LUIS FERNANDEZ GUERRA.